

ANTE EL 24 DE FEBRERO

# Notas sobre el aporte del proletariado cubano a la guerra de independencia

Por ANGEL AUGIER

[ A más profunda y exigente crítica histórica, examinando nuestra evolución al través de las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad, ha establecido certeramente el origen de nuestras revoluciones por la independencia, y puesto de relieve las fuerzas sociales que fueron impulsadas a intervenir en ellas, de una manera decisiva o secundaria. Así, la guerra del 68 no puede tener más directa razón que el fracaso de las aspiraciones reformistas cubanas en la Junta de Información reunida en Madrid en 1867, en la que se burló a nuestras clases poseedoras negándoles más amplios poderes en el dominio político insular, usufructado por una casta corrompida y rapaz asentada en la declinante monarquía metropolitana, y manteniéndose las crecidas cargas contributivas. No quiere decir esto, claro está, que sólo han de empujar los móviles de un pueblo los intereses materiales de su clase más representativa y progresista —la burguesía cubana lo era por determinismo económico-social, a pesar de que participaban de la abyecta explotación esclavista junto al opresor español; muchos otros elementos de carácter ético —apetencias espirituales de justicia, y de un régimen de vida decoroso y libre—, dan su sangre generosa en todo esfuerzo de transformación honda de un núcleo social, pero siempre estarán, en términos generales, asidos a los fundamentos que sostienen y estimulan la existencia de esa sociedad: es decir, su estructura económica básica y las leyes peculiares que la componen y rigen socialmente.

No pretenderé analizar el desarrollo de la Guerra Grande, pero será oportuno señalar que ésta, impulsada por la clase propietaria y terrateniente nativa oprimida por un poder extranjero, en su proceso de diez años adquirió un carácter realmente democrático y libertador, por el aporte que recibió de una masa super-explotada. La incorporación del campesino y el esclavo a la jornada heroica por la libertad común, modificó en mucho la trayectoria de la revolución. De ella salió, es verdad, más desposeída y maltratada la clase nativa que la engendró, pero en el orden político más fuerte y mejor orientada.

Los años que constituyen el paréntesis de la paz del Zanjón al 24 de Febrero, además, situaron nuevos factores sociales en la escena de Cuba: crecimiento del proletariado, por el incremento de la industria azucarera en calidad técnica industrial y en volumen de producción; mayores inversiones de capital norteamericano; éxodo de fábricas de tabaco a la Florida, etc, transformación del status de los esclavos que participaron en la guerra. Cambió por completo el cuadro político cubano en los diecisiete años de tregua de la lucha armada activa, aunque el objetivo final siguiera siendo el mismo: independencia total de la Isla, "que no en vano entre Cuba y España, alza enorme sus olas el mar", como proclamara el poeta Heredia. La burguesía nativa aún habría de dirigir socialmente el ciclo democrático-na-

MONIO DOCUMENTAL

cionalista de la revolución, pero en ella tenía que contar con las inagotables reservas morales y materiales de la creciente clase obrera, siempre fervorosa de patriotismo, sentimiento que nunca ha sido incompatible —sino más bien complementado— con superiores aspiraciones de justicia y bienestar para la Humanidad.

Cuando en 1892 se constituye simultáneamente en varias poblaciones de los Estados Unidos, por la sabia coordinación y vehemencia organizadora de Martí, el Partido Revolucionario Cubano, el proletariado nuestro de la emigración es su fuerza básica: en su seno los veteranos de los Diez Años y los "pinos nuevos" encontraron el vehículo idóneo de la nueva lucha, y gentes de ideología liberal, y burgueses y pequeño-burgueses de tendencia democrática y de hondo sentido de cubanidad, se daban la mano con obreros de inquietudes más avanzadas: socialistas, anarquistas, etc. Y comenzaban a borrarse allí las fronteras raciales entre los dos núcleos fundamentales de nuestro pueblo. "Juntarse" era la palabra de orden, frente al enemigo común.

No es necesario recordar, de manera pormenorizada, cuántas veces destacó Martí lo que significaba en todos sentidos la contribución del obrero cubano al partido de la revolución, pero sí es interesante poner de relieve algunos aspectos de su aporte, sobre todo cuando vivimos en tiempos como aquellos, de necesidad de estrecha y sincera unión popular frente a los enemigos reales de Cuba. No se ignora, globalmente, el importante papel del obrero cubano en la revolución libertadora, pero se desconocen muchos detalles que no deben olvidarse. Además, no por conocida, siempre es reconocida dignamente esa contribución. Es justo por ello, insistir en destacarla, porque también en nuestros días —más que ayer— es nuestro proletariado la verdadera base de la emancipación nacional, y la vanguardia férrea de la unidad cubana y de la lucha por la verdadera defensa de la democracia y de lucha contra el imperialismo.

Ya se sabe cómo a fines de 1891, en Tampa y Cayo Hueso, sucesivamente, se plasma de manera práctica el armazón del partido de Martí, en el que han de desembocar las corrientes de los diversos clubs y sociedades revolucionarias, hasta integrar un océano orientado hacia el rumbo único de la libertad de Cuba. Los tabaqueros de ambas poblaciones floridananas forman las células más numerosas y firmes del partido. Y el 10 de abril del 92 éste se constituye ofi-

cialmente, en distintos actos que se celebran en aquellos lugares donde existen sus principales núcleos. En el que tiene efecto en New York se produce un hecho significativo que Martí hace resaltar en el periódico *Patria*. Después de referirse a cada orador y al club que representaba, termina así el Apóstol su nota sobre el acto:

"Pero el instante bello de la noche, cuando la proclamación pareció a todos completa y verdadera, fué cuando, con todo el brío del orador de raza, con todo el ímpetu y asiento de quien ni teme ni esconde, con aquella palabra de aire libre, que pone la vida en las almas sinceras, narró Leopoldo Acosta los yerros pasados, acató el espíritu de República de esta nueva jornada, publicó la fe abierta y solemne de su corazón, y la sala entera, el abogado, el comerciante, el periodista, el ingeniero, el médico, se levantó a abrazar al orador obrero, al orador guajiro... ¡En estos tiempos andamos!

Efectivamente, "en estos tiempos andamos", en los tiempos en que la palabra clara y fuerte y profunda del proletariado se destaca sobre todas las demás, para ofrecer la síntesis de todos los antagonismos, y ser acatada por las demás clases, parece decir Martí en este comentario elocuente, y es difícil que pueda insinuarse de manera más exacta el sentido popular de la nueva revolución que se preparaba, con el aporte de todos los elementos constitutivos de la nación cubana.

Pero otro caso similar acaeció ese mismo día en el acto de proclamación del Partido celebrado en Cayo Hueso; entre los oradores, se destaca Ramón G. Socorro, quien ofrece un interés singular. La persona que envió su discurso a *Patria* para su publicación, lo presentaba así: "Socorro es más que cubano, universalista en sus ideas redentoras... y colabora hoy en el simpático *Proletario*... Si por este anuncio sospechamos que se trata de un socialista precursor, lo confirmamos con las palabras del discurso que pronunció a nombre del club revolucionario "Unión y Libertad", y del cual es este párrafo:

"Por más que en el programa ideal de mis deseos yo busqué aún más allá de la república política la realización del estado perfecto, de la sociedad ilustrada, libérrima y feliz del porvenir, ni me olvidé ni renegué jamás de mis deberes de cubano y de patriota, y si a todos los hombres di el título de hermanos, a vosotros distinguí y amé como parte integrante de mi ser, porque nos ligan la afinidad simpática de la desgracia y el origen de la intimidad y de la aspira-

ción común... He aquí por qué hoy, cuando ha llegado el momento propicio para la guerra, la ocasión oportuna para la revolución libertadora, vuelvo con vosotros a ocupar mi puesto de combate, el mismo puesto que ocupé antes del malhadado pacto del Zanjón, y con el que ya estoy familiarizado, a prestar de nuevo mi juramento de sangre —a ratificarlo, mejor dicho— ante el símbolo que como cubano y hombre libre reverencio: la bandera de mi patria”.

Estas palabras de un luchador social de aquella época, en que el socialismo no había salido en nuestros países de su etapa utópica, un tanto romántica y verbalista, demuestran cómo comprendía la clase obrera el problema de la unidad nacional, y de cómo, sin discriminación política alguna, se creó el gran frente popular cubano dentro del partido forjado por Martí, y con bases en los trabajadores, en un momento en que el obrero, según palabras recogidas por Martí de labios de un tabaquero, “no es como el de hace veinte años: el obrero de hace veinte años lo podían llevar y traer, y darle nombres por verdades, pero el de hoy le quita la cáscara a la fruta, y no se anda por las cáscaras, sino por la semilla; antes nos hacían los agujeros en el narigón, pero ahora tienen que hacérsenos en la frente: el obrero de hoy lo mismo lee un artículo de maqueterías y bombas, que un artículo de política científica”.

Así veía Martí cómo nuestro obrero comenzaba a formar su conciencia clasista. Y nada expresa mejor de cuánto sacrificio hizo alarde el proletariado cubano en esa etapa de preparación de la guerra y de acumulación previa de sus recursos, que esta nota del Apóstol en el número de *Patria* del 10 de noviembre del 94, en vísperas de emprender su viaje a la manigua, comentando el esfuerzo de los obreros para sostener unas escuelas:

“...Ayer mismo a la voz de un hombre que jamás los aturdió con la lisonja, ni les cortejó la pasión, a la voz de la patria angustiada, cedieron, como en día de fiesta, la labor de todo un día para el tesoro que, por sobre intrigas y traiciones, se ha de salvar íntegro, y comprará la república justa por la independencia. Es la verdad que en alguna casa santa, de padre de ocho criaturas, de ancianas enfermas, se quitó de la mesa el pan que se dió a Cuba: ¡si lo olvidase Cuba mañana, *Patria* tiene manos de justicia que le escribirían el sacrificio en la frente a la madre ¡ingrata!... ¡benditos sean—decía *Patria* en una carta ayer— estos hombres naturales, que son los únicos con

que se hacen las cosas grandes en el mundo!”...

El 24 de febrero de 1895, hace exactamente cincuenta y un años, comenzó la guerra libertadora empujada con el sacrificio magnífico de “estos hombres naturales”, y que continuarían sosteniendo con abnegación ejemplar.

## II

Si la energía laboriosa de fábricas y “cunucos”, de ingenios y cañaverales, desembocó vigorosa en el movimiento iniciado el 24 de febrero, integrando los más importantes núcleos de la revolución en marcha, los trabajadores cubanos emigrados, unidos en el partido organizado de Martí, intensificaron su esfuerzo y su sacrificio, para que la guerra que habían contribuido a desencadenar para conquistar la libertad de nuestro pueblo, no careciera de los recursos indispensables. En la manigua, el brazo y la sangre se movían vencedores, al mismo ritmo que en los talleres y en las mesas de torcer tabaco; un mismo pensamiento, una sola idea, alentaban el soldado glorioso bajo el sol del trópico y el obrero entusiasta entre el frío del septentrión; el exterminio del poder español en la Isla amada, y para lograrlo ambos combinaban sus ímpetus guerrreadores, porque después del fracaso de los Diez Años, habían aprendido que unos sin otros —los de fuera colaborando efectivamente con los que combatían en la tierra cubana—, no podrían obtener el objetivo común de la independencia.

Frente a esta integración incontenible de las clases populares de Cuba en las filas de la guerra libertadora, ¿cuál fué la actitud de “los que aman más sus negocios que a Cuba”, según frase de Máximo Gómez? Estas palabras de Estrada Palma, en carta al Generalísimo, de 15 de agosto del 95, constituyen la más elocuente respuesta:

“Contamos sólo con la ofrenda voluntaria y constante del obrero, pero no podemos conseguir que el rico o el acomodado, con muy rara excepción, venga en nuestra ayuda en estos críticos momentos”. (*La revolución del 95 según la correspondencia de la delegación cubana en Nueva York. La Habana, 1932, p. 38*).

Los grandes intereses económicos de cubanos y extranjeros ligados a la dominación colonial entonces, y antes y después de la guerra sólo preocupados de conservar sus riquezas y multiplicar sus ganancias, fué así como reaccionaron al llamado de la patria

2

en guerra. Asentados sobre bases de lucro y egoísmo, ayer, como hoy, no les importa en absoluto el destino del pueblo cubano, ni su libertad ni su bienestar colectivo. Ante ello, Estrada Palma, sucesor de Martí en la delegación del Partido Revolucionario Cubano en Nueva York, se expresaba categóricamente:

“Y hemos de consentir que los dueños de propiedades valiosas que se hallan bajo nuestra jurisdicción en el territorio que dominamos se muestren indiferentes u hostiles a la causa que les ha de dar patria y que cuesta arroyos de sangre y vidas preciosas? No, de ningún modo. Yo proclamo en principio y quisiera que se llevase a la práctica el sistema de no destruir, de respetar la grande y pequeña propiedad, pero a la vez entiendo que es indispensable hacer un escarmiento con alguna rica plantación de persona caracterizada, ya sea por su estéril simpatía hacia nosotros, o por su hostilidad manifiesta. De todos modos es necesario imponer contribución proporcional a esos amos de fincas que se hallan dentro de la esfera de acción del Ejército Libertador... Ese dinero se empleará religiosamente en armas y municiones, pues tenemos manera segura de hacerlo”.

Sólo así fué posible lograr que los propietarios y hacendados, salvo muy contadas excepciones, contribuyesen a favor de la libertad de Cuba. Tanto Gómez y Maceo como otros oficiales del Ejército Libertador, se encargaron de hacer cumplir la orden del Cuartel General en tal sentido, imponiendo a los que se enriquecían con el dolor y el trabajo de la clase obrera y del pueblo en general, su deber para con Cuba, mientras quienes sacrificaban su vida y su felicidad al ideal de la independencia, dentro y fuera de Cuba, lo hacían por espontáneo impulso de decoro patriótico y de humana dignidad, dentro del marco histórico en que se desarrolla toda lucha donde intervienen factores sociales diversos.

Mientras la tea libertadora obligaba a que sirvieran a la revolución los enemigos tradicionales del pueblo cubano (como decía Gómez, “vale mucho la sangre cubana que se derrama por culpa del azúcar y es preciso cobrar pronto y bien, si no la tea lo arreglará todo...”), la clase obrera en la emigración no escatimaba esfuerzo alguno para hacer llegar su ayuda poderosa a los hombres heroicos de la manigua. Un ligero examen de la correspondencia de la delegación cubana en New York nos ofrece datos

muy interesantes sobre el aporte económico del proletariado cubano a la guerra, además de la otra contribución de elemento humano que ya hemos indicado antes.

En carta desde Veracruz, de julio de 1895, se ofrece para partir hacia los campos de la guerra, la “Guerrilla José Martí”, constituida en su mayor parte, según relación que se transcribe, por mecánicos, albañiles, tabaqueros, carpinteros y artesanos en diversos oficios; en septiembre 4 del mismo año, el secretario del Club Político Cubano “El 95”, de Nueva Orleans, se refiere a “la anormal y precaria situación que sufren... los trabajadores del ramo del tabaco al cual pertenece la mayoría de ellos”, por lo que “la insignificante suma que los patriotas cubanos de este Club remiten a la Tesorería General con regularidad, es fruto de verdadero sacrificio”; y si los tabaqueros de los talleres de S. y F. Fleitas, de Tampa, tienen problemas con la delegación, porque en lugar de hacerlo por mediación de ésta, quieren comprar directamente cien rifles que prometerían al hijo de Carlos Manuel de Céspedes, vemos también que desde Puerto Cabello, Venezuela, escriben del Club Cubano “Sucre número 1” estas palabras al remitir cien pesos: “es cuanto hemos podido reunir, pues todos los pocos individuos que lo componemos somos pobres, y aunque quisiéramos dar millones por la libertad de Cuba, sólo podremos dar un pedazo de nuestro pan”.

Ejemplos como esos, de hombres de trabajo que materialmente sacrificaban pan y descanso para servir a su pueblo en guerra, encontramos numerosos en la colección del periódico *Patria* y en los archivos del Partido de Martí. Ofrendaban cuanto poseían, su jornal escaso con tanta sencillez y grandeza como los que entregaban su vida. Sus familias se privaban siempre de lo más indispensable, y luchaban a favor de Cuba con la misma abnegación que las familias mambisas derrochaban a sus héroes.

En casi todos los países de América en que moviase el esfuerzo en favor de Cuba, se halló también el apoyo básico de la clase obrera: en México, en Chile, en Costa Rica, en los propios Estados Unidos, la solidaridad internacional de los trabajadores se manifestó potente, contribuyendo con sumas considerables a los fondos de la independencia cubana. Testimonios de esa generosa adhesión del proletariado del Continente a sus hermanos de la Antilla esclava, abundan en los documentos de la Revolución, y son un símbolo de la fraternidad que a través del

DOCUMENTAL 33

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

Cuba y la R. S. S.

Feb 1, 1902

trabajo creador y del amor a la libertad, une a nuestros pueblos todos.

Muchas páginas podrían escribirse sobre este tema tan lleno de interés y de actualidad: tocaríamos en todo su relieve cuánto y en qué proporciones fundamentales ha contriuido la clase obrera, específicamente como tal, a la causa de la libertad de Cuba. Porque, a lo largo de los cincuenta años de la República, nuestro proletariado ha seguido fiel a ese origen entrañable de la nación cubana, es que puede presentarse hoy como la fuerza más responsable al servicio de los intereses populares de la Isla. La clase obrera cubana, que ayer constituyó la más firme columna de la guerra de independencia, hoy es, más que nunca, la más legítima heredera —frente a todas las vicisitudes de dentro y de fuera— de la tradición mambisa que tuvo en la lucha iniciada el 24 de febrero de 1895, su momento culminante.

En un nuevo aniversario de la fecha egregia, cabe este homenaje a esa vanguardia de nuestro pueblo, que hoy en nuestra tierra mantiene en alto el combate por salvaguardar la democracia cubana contra las maniobras de sus enemigos tradicionales —el imperialismo extranjero y sus agentes—, y en defensa de la paz amenazada por la histeria belicista de esas fuerzas de la muerte y de la opresión, vanguardia que se conserva consciente de su misión histórica, ante el futuro de progreso y de justicia que hoy como ayer quieren los pueblos, anhela nuestro pueblo.

## A LAS CASAS COLJOSIANAS HA LLEGADO LA RIQUEZA

Por NIKOLAI FUKLEV

Del coljós "8 de Marzo", distrito Novo Ivanovski, región de Izmail.

Toda mi familia trabaja en el coljós. El año pasado recibimos por nuestro trabajo cerca de tres toneladas de trigo, tres toneladas de maíz, más de dos toneladas de patatas y otras legumbres y 800 litros de vino de primera calidad, producción de nuestro coljós. Fuera de ello, de la parcela de nuestra casa recogimos una tonelada de patatas, 100 kilogramos de judías, más de una tonelada de calabazas, muchas frutas y uvas.

Todos los años crío dos cerdos. El otoño último maté uno que pesaba unos 160 kilos.

En la despensa tengo siempre en abundancia mantequilla y aceite de girasol, jamón y carne de ave ahumada.

Todos los miembros de nuestro coljós tenemos muchos excedentes de productos agrícolas, que nosotros vendemos en los mercados coljosianos. Yo, por ejemplo, en otoño de 1950 y en los dos primeros meses de 1951 he vendido productos por valor de 18.000 rublos.

Además de comer bien, tenemos toda la ropa necesaria. Este año he comprado para mis dos hijos y para mí trajes y botas altas de buen cuero; mi mujer y mis nueras han comprado zapatos de vestir y tela de seda y algodón. También hemos adquirido máquina de coser, receptor de radio y aparatos eléctricos.

Ahora estamos construyendo una casa nueva para Vasili, mi hijo mayor, que quedará terminada antes de la siega.

Con la riqueza, a las casas coljosianas ha llegado la cultura. Mi mujer, mis hijos y yo no nos dejamos pasar ni una película nueva, ni un solo espectáculo del club coljosiano. Este invierno, para necesidades de tipo cultural, incluida la suscripción a periódicos y revistas, hemos gastado 1.000 rublos.